



POLEMICA

Puntualización a la crítica de Gustavo Bueno a mi libro “Meditación sobre el poder”

EUGENIO TRIAS

Barcelona



on gran sorpresa he leído la crítica que el profesor Gustavo Bueno hace a mi libro *Meditación sobre el poder* en la revista EL BASILISCO de Oviedo. Con gran sorpresa, digo, por cuanto esa crítica parece olvidar las reglas metodológicas desde las cuales está construido dicho li-

bro, segundo texto de una trilogía titulada *La dispersión*, según se dice en el prólogo. Esas reglas están claramente explicitadas en mi libro *Metodología del pensamiento mágico*, en el cual se establece con claridad el género discursivo al cual pertenece dicha trilogía. Es más: esas reglas fueron sabiamente iluminadas por el discurso-introducción del propio profesor Gustavo Bueno, que define como *concepto posible* lo que yo, mucho más modestamente llamaba, en precisión de lo que pensaba hacer, construcción mágica. Ni que decir tiene que todas las precauciones críticas y autocríticas han resultado, al parecer, inútiles. Toda una trilogía previa, organizada en torno a cuestiones anteriores a un intento constructivo (por lo demás, todavía previo y pre-conceptual a su vez) no han bastado para que Bueno, acaso por olvido, pierda de vista esas bases desde las cuales, se edifica el libro en cuestión, y juzgue a éste precisamente, como lo que ningún concepto es... ¡Y bien quisiera ay Dios, que lo bajo fuera de verdad! a saber, una construcción *ingenuamente crítica*, olvidando asimismo, cuanto hay en él de *recreación* en lenguajes periclitados, de citas internas, de alusiones, de «filosofía de la filosofía» (en el sentido en que la poesía de Eliott puede ser entendida «poesía de la poesía»). Pero me temo que nada de eso ha bastado para que Bueno frenara su juicio. Quizás en razón de haber juzgado que el móvil del libro era abrirlo (a él y a la filosofía) a un público inculto filosóficamente (eso tan manido de «hacer filosofía *in partibus infidelibus*»), cuando la única pretensión, en este sentido, era procurar elevar la incultura de quienes, por excesivo provincianismo gremial, han perdido, con la dimensión poética originaria de toda reflexión filosófica, el sentido genuino de ésta, y en consecuencia también, la necesaria sensibilidad piadosa y poética que requiere cualquier lectura atenta de un texto. Entiendo que un proyecto así,

irrite y descoloque a quienes conciben la filosofía como una crisálida de conceptos sin alma y sin encarnación sensible, ya que a través del discurso que desencadena se procura, en lo que se puede (y al decir de voces críticas autorizadas, se consigue) aproximarse a lo *real*, aproximación que sólo puede ser de tiento y de ensayo como premisa para ulteriores *concepciones*. Es la autoconciencia de la dificultad de una tarea así, la que nos

obliga a construir lentamente, paso a paso, un edificio que pretende ser algo más que la mera refundición acrítica de lugares comunes de alguna ontología que se halle en curso. Sé que eso es, hoy más que nunca, muy difícil, de ahí que arbitre para ello cuantos dispositivos discursivos se me aparezcan relevantes. De ahí que, desde *La dispersión* y *Drama e identidad*, haya modificado continuamente de ángulo de ataque, con el fin de abordar *la cosa misma* desde perspectivas varias que pudieran dejarla hablar o expresarse; que esto se entiende así, depende de si se concibe cada texto mío como integrado en un proyecto unitario de principio a fin, no como entidad autónoma (y hay suficientes indicaciones por mí parte en cada libro para que puedan entenderse las cosas en estos términos). Más, ¿qué decir si se aísla una frase o varias de mi libro, sin percibir los pasillos semánticos que los conectan, a través de diferentes líneas de fuerza, con la totalidad del texto?.

No es mi intención contra-atacar a un pensador que merece toda mi estima personal e intelectual. Valga esta contestación únicamente como precisión de lo que juzgo una comprensible ligereza. Dentro de la mediocridad reinante y en medio de tanta razón instrumental, el proyecto filosófico de Gustavo Bueno es de los pocos que presentan una dignidad y una ambición merecedora del mayor elogio. De ahí que respete su crítica, aún disintiendo de ella. Sólo la crítica que expresa una corriente interior de simpatía y se expone en conceptos rigurosos como los suyos, es merecedora de atención. La otra, la que no alcanza esos mínimos requisitos, sólo puede mover a pecaminosa satisfacción interior («Ladran, luego cabaigamos», como solía decir Antonio Maura).